

Las estatuas

SAÚL YURKIEVICH

Todos acuden. Los regueros se hacen ríos, confluyen en las avenidas. Son ahora marea humana que crece y crece.

Se encaminan al centro. Colman plazas y explanadas. La multitud se apiña frente a las monótonas moles de los ministerios. Rodea a las estatuas. Por encima del compacto gentío, sobre sus pedestales, los ídolos todavía imperan. Imponentes y gélidos, con el brazo tutelar en alto, los supremos aleccionan, amonestan, guían. Una estirpe de titanes escolta a los próceres: el aguerrido combatiente, el héroe que se inmola por la causa, el atleta victorioso, campesinos y operarios esgrimiendo su herramienta como un arma. Mientras los colosos permanezcan erguidos nada en verdad habrá cambiado. Así lo siente todo aquel que aquí se congrega. Los mandatarios no serán depuestos. Abandonarán los sitiales, desalojarán temporalmente los despachos, se agazaparán en la sombra sin perder por completo el dominio. Mientras las estatuas estén en pie no habrá renovación. No basta que los gobernantes renuncien, que sean ocupados los sitios estratégicos, que se neutralice al ejército. No basta quemar escudos, enseñas, efigies. Con su prepotencia, las estatuas preservan el poder.

Alrededor de los gigantes, la muchedumbre clama y se agita. Martillos, picos, sopletes atacan la dureza del bronce. Las sierras cortan al ras. Las estatuas son desenclavadas. Algu-

nos consiguen trepar hasta la cabeza, pasar una cadena por el cuello. Pronto una grúa iza esa metálica potestad que se balancea por el aire como un ángel exterminador apuntando con su índice admonitorio a los sublevados. Amputadas, otras estatuas se mecen sobre la multitud que alegremente las espera. Todas son descendidas y tumbadas. Ahora yacen los colosos sobre el suelo. Decapitados, desmembrados, sus partes están dispersas. La gente los escarnece, los patea, camina sobre sus corpa chones, forma rondas que bailan en torno. Una alegría unánime enfervoriza al pueblo.

Hace tiempo que las estatuas fueron abatidas. Poco a poco desaparecen también los pedestales. Las transportaron a un terreno suburbano que les sirve de depósito. Están todas juntas. Algunas quedaron acostadas, otras erectas. Algunas se apiñan, unas encima de otras. El mismo personaje suele repetirse en numerosas réplicas o en posturas distintas. Viéndolas en conjunto, semejan antiguos vestigios de un imperio desaparecido. Son como la reserva de una especie que se extingue, antaño corpulenta y aguerrida pero que en cautiverio pierde su fortaleza. O parecen un asilo de locos que se creen adalides, mariscales o césares. Seguramente alguien se ocupará de recuperar tanto bronce que en este baldío se arrumba. Alguien modelará con él la imagen de los sucesores. ♦

